

historiapolitica.com



Silva, Marisa: *Aquellos comunistas (1955-1973)*,
Montevideo, Taurus, 2009. Capítulos 3, 4 y 10, págs.
37-56 y 103-127.

UN RITUAL ANUAL: EL ACTO ANIVERSARIO

¡Al Partido salud, aquí está la juventud! ¡Al Partido salud, aquí está la juventud! Coreando esta consigna entra la columna de la Juventud Comunista al Palacio Peñarol, donde miles de comunistas la reciben de pie. La escena se repite año tras año. La columna, integrada por cientos de jóvenes, atraviesa los pasillos, saluda a la *vieja guardia* y se detiene en la parte de abajo del estrado saludando con el puño al Comité Central y a los invitados. Las banderas flamean y la consigna se repite una y otra vez. Son cientos de banderas rojas con la hoz y el martillo pintados de amarillo en el ángulo superior derecho. La misma bandera de todos los partidos comunistas del mundo, la misma de un país: la URSS. A las banderas rojas, a partir de 1971, se suman las del Frente Amplio. Enormes pasacalles con algunas consignas o con el nombre de los seccionales atraviesan las gradas. Es un momento emotivo, intenso, cargado de significado. Es la escenificación simbólica de la incorporación de los jóvenes a la lucha, a la misma lucha que las generaciones mayores. Es, por sobre todo, la puesta en escena de la continuidad y la proyección del partido como organización.

En 1960, en *Estudios*, la revista teórica del PC, en un artículo sobre el 40 aniversario, después de calificar el acto como solemne, Eduardo Viera escribe:

[...] emocionante como encuentro de la familia comunista, de sus viejas generaciones —cuya vida está fundida con toda la rica vida del Partido— junto a la juventud y los nuevos militantes

que buscan en la ideología del comunismo la respuesta cierta a sus interrogantes.²⁶

En 1970 encabezan la columna de la UJC tres brigadas de jóvenes seleccionados como los mejores militantes de cada seccional. El nombre de cada una de las brigadas es el de los tres jóvenes comunistas asesinados en 1968 durante movilizaciones estudiantiles: Líber Arce, Hugo de los Santos, Susana Pintos.

En 1971 y 1972 la mayoría de esos jóvenes visten una camisa bordó, lo que le da a la columna un tono uniforme cargado de tradiciones y de historia: son jóvenes *rojos*, son comunistas.

En la parte central de la platea se encuentra la *vieja guardia*: los afiliados más antiguos, los veteranos, los testigos de toda la historia partidaria. Sus números de carné lo demuestran; su edad los coloca en el extremo opuesto a esa columna que —ruidosa y dinámicamente— va ocupando las gradas superiores después de aquel contundente ingreso.

En las otras gradas cada seccional ocupa un lugar determinado agrupándose por sector laboral, de barrio o de departamento. También hay un lugar reservado a las mujeres y a los jubilados.

El acto es abierto y cualquier persona puede ingresar, pero, más que un encuentro espontáneo de gente, este es un encuentro de militantes y adherentes organizados. Desde varias semanas atrás en *El Popular*, el diario del PC, aparece un esquema del Palacio Peñarol donde cada agrupación o seccional tiene un lugar asignado.²⁷

26 *Estudios*, n.º 18, Montevideo, 1960.

27 La importancia del espacio queda en evidencia, incluso, en una sugerente foto publicada por *El Popular* antes de uno de los actos, en la que aparece el Palacio Peñarol vacío. Abajo se lee: “El 8 de octubre llenaremos y desbordaremos el Palacio Peñarol” (*El Popular*, Montevideo, 16 de setiembre de 1960). El contraste entre el espacio vacío y el espacio desbordado parecería apuntar a dimensionar la importancia del Partido Comunista en el escenario nacional.

El acto no es solamente el momento, sino también su preparación.²⁸

Hacia ese formidable acto por cuyo éxito resonante se esfuerzan desde ya los comunistas con verdadero fervor y se encaminan las tareas que se ha fijado el Partido para este mes de setiembre.²⁹

Todo un pueblo se pondrá en marcha hacia el Palacio Peñarol. De la entrada de las fábricas, del corazón de las barriadas obreras y populares, los camiones con la bandera de la hoz y el martillo flameando habrán de cruzar las calles de la ciudad hasta el lugar del gran acto. Nada se ha dejado librado a la espontaneidad.³⁰

El 8 todos los caminos llevarán al Palacio Peñarol.³¹

Este último texto se acompaña de un diagrama en el que aparecen las distintas calles que desembocan en el Palacio Peñarol y el dibujo de los camiones que llegan por cada una de ellas. Textos similares pueden leerse en el mes de setiembre en *El Popular* durante todo el período estudiado.

Una intensa propaganda (afiches que se *pegatinan* en los muros de todo el país), cientos de reuniones preparatorias de cada agrupación o sector,³² una hoja de *El Popular* dedicada durante un mes exclusivamente a anunciar cómo será el acto,

28 En la página que *El Popular* destinaba al acto aniversario se repetía diariamente el diagrama con la planificación espacial y el cronograma minuto a minuto del desarrollo del acto. Se difundía, asimismo, el lugar y la hora de los cientos de reuniones preparatorias. Por ejemplo, en setiembre de 1969 se anunciaban “asambleas preparatorias” en Belén, Salto, Paysandú, Rivera, La Paz, Tacuarembó, Pando, Maldonado, Juan Lacaze y Mercedes (*El Popular*, Montevideo, 10 de setiembre de 1969).

29 *El Popular*, Montevideo, 16 de setiembre de 1969.

30 *El Popular*, Montevideo, 18 de setiembre de 1960.

31 *El Popular*, Montevideo, 19 de setiembre de 1960.

32 “Jornada preparatoria del gran mitin de homenaje al PC: 350 Asambleas de las agrupaciones del PC se reunirán el miércoles 17”, en *El Popular*, Montevideo, 5 de setiembre de 1969.

bonos financieros... Es un conjunto de acciones previas que generan en la interna de la organización un clima centrado en el acto, que a su vez está cada año atravesado por las circunstancias políticas del país y del mundo.

La lectura del siguiente texto aparecido en *El Popular* unos días antes del acto del año 1970 puede dar una dimensión cabal tanto de la importancia política y simbólica del acto aniversario como de la importancia que tenía para los comunistas la estructuración del tiempo y de las tareas de los militantes en función de los objetivos planteados en cada coyuntura.

Orden del día para el militante: 1) Por lo menos debes hacer un nuevo afiliado antes del primero de octubre. 2) Asegurar que tu organismo partidario cuente desde ya con el camión o la bañadera para trasladar gente al Palacio Peñarol y concretar DESDE YA los compañeros y amigos que van a concurrir. No olvidar que el acto comienza a las 20.30 y HAY QUE ESTAR ANTES. 3) Participar mañana en la gran jornada de venta de El Popular y asegurar que tus camaradas participen en pleno. 4) El sábado y el domingo asegurar una jornada con todos los compañeros de tu organismo por la campaña financiera. 5) Preparar desde ya una gran pegatina el próximo miércoles con todos los compañeros de la agrupación. 6) Desde hoy visitar —sin excepción— a todos los afiliados para que colaboren en las tareas planteadas y entregarles la carta de la Dirección del Partido, cobrarle la estampilla Especial de aniversario, asegurando su participación con todos sus familiares en el acto del sábado 3 en el Palacio Peñarol.³³

En el *orden del día* se conjugan algunos de los verbos claves de la vida cotidiana de los militantes: *preparar*, *participar*, *asegurar* (empleado cuatro veces en este texto).

33 *El Popular*, Montevideo, 24 de setiembre de 1969.

Así como el espacio estaba organizado, también lo estaba el momento de ingreso de cada uno de los participantes. Los primeros eran la *guardia vieja* y los militantes del partido. Cuando ya el Palacio Peñarol estaba lleno, subían al estrado los miembros del Comité Central encabezado por Rodney Arismendi, las principales figuras del FIDEL,³⁴ los delegados de “los partidos hermanos”, tanto de los países del “campo socialista” como de otros países de América Latina (los delegados de Cuba, Chile, Vietnam y la URSS eran aquellos a quienes se daba más importancia). A partir de 1971 subían también al estrado los representantes del Frente Amplio y sus principales autoridades.

El ingreso de la columna de la UJC, que previamente se concentraba en los alrededores del Palacio Peñarol, constituía, así, el último momento anterior al comienzo mismo del acto.

El desarrollo del acto del 40 aniversario en 1960 apareció en *El Popular* en los días anteriores. Su lectura permite calibrar la dimensión pública que se pretendía darle y el grado de planificación con el que se preparaba cada uno de sus momentos.

Programa del acto: 1) Himno Nacional. La Internacional
 2) Apertura del acto y lectura del mensaje fraternal del PCUS: Enrique Pastorino 3) Entrega de una bandera de los veteranos del Partido al Comité Central. Entrega de una bandera por parte de la UJC 4) Lectura de los mensajes de los Partidos Comunistas y Obreros hermanos de América, Europa, Asia y África 5) Discurso del Primer Secretario del Partido, Diputado

34 El Frente Izquierda de Liberación (FIDEL), organización creada en 1962 y liderada por el PC, fue, junto con la Unidad Popular, uno de los dos primeros intentos de unir a la izquierda. Estuvo integrada por algunos grupos batllistas y blancos escindidos de los partidos tradicionales, por el Movimiento Revolucionario Oriental (MRO), dirigido por Ariel Collazo, y por algunos grupos como el Movimiento de Trabajadores de la Cultura y el Comité Universitario. El presidente del FIDEL fue el destacado intelectual Luis Pedro Bonavita. Otra figura también importante fue Luis Salguero.

Nacional Rodney Arismendi sobre el contenido del 40 Aniversario 6) Lectura del mensaje del Partido Comunista de Uruguay a todas las fuerzas y personalidades obreras, populares y democráticas a cargo del Secretario del Partido Alberto Suárez 7) Discurso de saludo de los delegados fraternales de los Partidos Comunistas hermanos 8) Actuación de la gran orquesta argentina Osvaldo Pugliese 9) Actuación de los siguientes números artísticos: Anselmo Grau (folklorista), Conjunto paraguayo Amerindia, Conjunto vocal 10) Después de las 24 horas gran baile popular hasta las 4 de la mañana amenizado por las siguientes orquestas: Osvaldo Pugliese, Jazz Sheppard y sus Havana Serenaders y Típica Groba Argentina.

Esta concepción racional y planificada del espacio y del tiempo con relación al acto de celebración del nacimiento del PC expresa con elocuencia, como se verá más adelante, una concepción mucho más general sobre el espacio, el tiempo y la misma organización. El acto aniversario fue, pues, uno de los escenarios fundamentales donde se desplegó la cultura comunista.

Algunas consignas que se coreaban fueron cambiando con el tiempo. Por ejemplo, a partir de 1971, fueron fundamentales todas aquellas relacionadas con el Frente Amplio (*El pueblo unido jamás será vencido* o *Seregni, amigo, el pueblo está contigo*). Otras consignas tuvieron un carácter más permanente durante la década del sesenta y comienzos de la del setenta: *Partido de Lenin*, por ejemplo, era una consigna que se gritaba muy frecuentemente, en particular cuando se hacía referencia a la Unión Soviética o a los delegados del PCUS presentes en el acto. Otras que se mantuvieron en el transcurso del tiempo estaban vinculadas a Cuba (*Cuba sí, yanquis no*) y al propio partido (*Partido Comunista, Partido Comunista*).

Algunos enormes retratos eran colocados en las gradas: los rostros de Artigas, Marx, Ho Chi Min, el Che. La mayoría de las veces el retrato central que presidía el escenario era el de Lenin. Los estudiantes comunistas muertos durante el

período eran los únicos rostros de comunistas uruguayos que podían verse.

El acto comenzaba con la entonación de *La Internacional* y del *Himno Nacional*. El público de pie cantaba estos dos himnos que remarcaban la doble identidad de los comunistas: su carácter a la vez nacional e internacional.

Se leían, luego, numerosos telegramas de los otros grupos políticos de la izquierda legal del país y de los partidos comunistas de otros países. La oratoria estaba a cargo de tres o cuatro dirigentes. La más importante, tanto por su duración como por los temas del discurso, era la de Rodney Arismendi.

Un espectáculo artístico funcionaba como cierre del acto. En él participaban artistas como Alfredo Zitarrosa, Camerata Punta del Este, Anselmo Grau. En 1960, por ejemplo, el acto culminó —como se vio— con la actuación de Osvaldo Pugliese, músico comunista argentino, y en 1969 diversos artistas dirigidos por Amanecer Dotta organizaron un espectáculo llamado *Yo grito*, que conjugaba diversas disciplinas artísticas.

Trasmitido para todo el país por CX 30 y con la presencia de delegados de todos los departamentos del interior del país, el acto tenía —o buscaba tener— un carácter nacional.³⁵

35 Planificación del acto aniversario en 1970:

- 20 y 30. Comienza la transmisión por CX 30 para todo el país
- 20 y 35. El Comité Central del PC y las delegaciones de los partidos hermanos e invitados ocupan la presidencia del acto
- 20 y 45. Bullicio y alegría: ingreso de la columna de la Juventud Comunista al Palacio Peñarol
- Palabras de apertura de la camarada Julia Arévalo, miembro del Comité Central del PC.
- Discurso de Rodney Arismendi, primer secretario del PC.
- Discurso de Luis Corvalán, primer secretario del Partido Comunista de Chile
- Discurso de Enrique Rodríguez, secretario del Comité Central
- Mensaje al pueblo uruguayo
- Saludos de las delegaciones fraternales
- Espectáculo: “Vivan los compañeros”

(*El Popular*, Montevideo, 28 de setiembre de 1970).

La celebración de la fundación del PC constituía el acto más importante del año para los comunistas y fue una instancia fundamental de construcción de la identidad partidaria.³⁶

Cualquier demostración pública supone la apropiación y reinención del espacio público desde el cual se reorganiza culturalmente la realidad. El acto tenía, pues, una dimensión simbólica, y por eso cumplía una función decisiva en la relación del partido con el resto de la población y en la relación de los comunistas entre sí.

El acto aniversario formaba parte del calendario anual del PC de modo establecido, orgánico, sistemático. Su buscada función de síntesis llevó a que tuviera un carácter instituido en la vida partidaria. Su rigurosa y muy anticipada preparación y el balance posterior, difundido a través de fotos y artículos en *El Popular* y en *Estudios*, lo convirtieron en una actividad central en la vida del partido durante los meses de setiembre y octubre. Los informes políticos internos posteriores incluían el balance del acto y de su preparación, lo cual demuestra la importancia política que se le asignaba. Escribía Eduardo Viera:

[El acto] adquirió el significado de un acontecimiento histórico en la vida del Partido.³⁷

Era un acto público y abierto y, a su vez, rigurosamente planificado, tal cual fueron, como se verán, todas las actividades de este partido. No era un acto en la calle, no era un acto de masas al estilo de los actos de los partidos tradicionales, no había público: había militantes organizados. También el propio PC hacía otro tipo de actos, particularmente durante las campañas electorales del FIDEL o frente a

36 Resulta significativo cómo se denominaba en *El Popular* al acto del año 1970: *El Partidazo*. En este nombre se condensa el sentido mismo del acto aniversario.

37 *Estudios*, n.º 18, Montevideo, 1960.

determinadas coyunturas políticas. Fueron importantes, también, sus actos de apertura y clausura de los Congresos, así como los dedicados al aniversario de la Revolución Rusa y el nacimiento de Lenin. Pero este, el acto del aniversario, tenía un carácter único y diferente.

Durante el siglo XX los actos políticos fueron una manifestación más de la nueva civilización de masas y de la inclusión de estas como protagonistas de la política. En este sentido, los partidos comunistas del mundo se incluyeron en esta modalidad de ocupación del espacio público. En particular los de Italia y Francia se caracterizaron, después de la Segunda Guerra Mundial, por el montaje de actos masivos que se convirtieron, también ellos, en tradicionales. Es el caso, por ejemplo, de la fiesta anual del diario comunista francés *L'Humanité*.

También en los países del bloque socialista los actos masivos cumplieron una función política importante y fueron, en general, muy parecidos entre sí: masas organizadas, desfile de las Fuerzas Armadas, discursos celebratorios.

Una estética común caracterizaba a los actos comunistas de todo el mundo, incluyendo al uruguayo: el despliegue de una mística a través del conjunto de elementos identitarios que eran proyectados hacia el afuera y que operaban como el momento culminante del sentido de pertenencia.

De modo que el acto anual del PC se inscribía en lo que era una modalidad de demostración pública de fuerzas, particularmente de los partidos comunistas legales occidentales. En este y en otros sentidos, como se verá, el PC no fue excepcional en el contexto del movimiento comunista internacional.

El acto, que en su estructura básica se repetía idéntico cada año, constituía una instancia de autoafirmación y autorreconocimiento y era, además, una demostración del lugar del PC en la política uruguaya. Era un acto para sí mismo y para los otros. El secretario de Organización, Alberto Suárez, lo sintetiza así:

¡El acto constituye una revista de las fuerzas de nuestro Partido, de su inmenso arraigo!³⁸

Para sí mismo, porque celebraba el orgullo de ser comunista. Era, en su organización y concepción, una fiesta de existencia.

Para los otros, porque pretendía demostrar en su contundencia la potencialidad de sus fuerzas.³⁹ Era este un acto político, obviamente, que en cada coyuntura cumplía una función específica en relación con la táctica del PC en cada momento histórico.

Pero no era solo un acto político, o por lo menos no lo era en el sentido estrecho del término. Era, predominantemente, una ceremonia que, en su repetición anual, cumplía la función de ritual. En el mismo mes, bajo el mismo encuadre, con el mismo sentido. La repetición genera seguridad y continuidad, contribuye a anular todo lo que hay de imprevisible en el futuro y, por eso mismo, pretende construir futuro. Es precisamente la redundancia lo que en una organización construye sentido. De allí su importancia simbólica.

El acto ponía en escena la identidad comunista: su modo de operar, sus encuadres, sus símbolos, su lugar en la política nacional e internacional, sus jerarquías, sus esfuerzos y sus afanes.

La lectura, por ejemplo, de la secuencia temporal da cuenta de la jerarquización dada a la continuidad de la organización: los últimos en nacer eran los últimos en entrar. Su ingreso daba lugar a uno de los momentos más vibrantes del acto: los jóvenes saludaban a los comunistas más veteranos (en lenguaje partidario, la *vieja guardia*) y a la dirección que los recibía de pie en el estrado, mientras en las gradas el

38 *El Popular*, Montevideo, 15 de setiembre de 1970.

39 En 1970, por ejemplo, el lema de acto fue: “En el corazón de las luchas, en el corazón de las masas”. *El Popular*, Montevideo, 29 de setiembre de 1970.

conjunto del público aplaudía, hacía flamear las banderas y coreaba consignas.

La jerarquización del ingreso al acto de los jóvenes comunistas, así como el uso de la camisa, es preciso contextualizarlos en un período histórico en el que los jóvenes del mundo tuvieron por primera vez protagonismo como generación. Se puede señalar que estos jóvenes, diferenciándose de las otras generaciones de comunistas y a la vez marcando una continuidad con ellas, se ubicaban más allá del conflicto generacional, unidos por una ideología y un objetivo común.

El orden en que subían al estrado los delegados de los otros partidos comunistas también demostraba el lugar dado al Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) como vanguardia del movimiento comunista internacional. Sus delegados entraban en último lugar y eran saludados de pie al grito de *¡Partido de Lenin!* *¡Partido de Lenin!* También se destacaba la presencia de los delegados del Partido Comunista de Cuba y, a partir de 1969, de los de Chile.

Los telegramas leídos no eran una simple formalidad, sino que buscaban demostrar los múltiples vínculos nacionales e internacionales del PC. La lectura —no de sus contenidos, que son muy parecidos, sino de quienes los firmaban— ofrece un termómetro del movimiento comunista liderado por la URSS. Vale la pena anotar, por ejemplo, los partidos que enviaron telegramas en 1960: todos los de los países del Pacto de Varsovia, China, Corea, Albania, Vietnam, Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Italia y España; de América Latina: Cuba, Ecuador, Venezuela, Brasil y Chile. El país ausente fue Yugoslavia, que sin embargo envió sus saludos para el XX Congreso, en 1970. Después de 1963 ya no hubo telegramas de China ni de Albania.⁴⁰ A su vez, al comenzar la década de los setenta saludaban al PC numerosos partidos del Cercano Oriente —Israel, Líbano, Irak—, así como también de África.

40 En la revista *Estudios* n.º 18, de 1960, aparece el texto de todos los telegramas.

Tanto en lo referido a los delegados como a los retratos que presidían el acto y a los telegramas leídos, había una deliberada búsqueda de articulación entre lo nacional y lo internacional.

El final, en el que participaban numerosos artistas comunistas o *simpatizantes*, era también un modo de demostrar la inserción del PC en el medio cultural nacional. La calificación del espectáculo artístico, el prestigio de los artistas que culminaban el acto, la elección incluso del locutor, que en general era un artista reconocido, formaban parte de la puesta en escena del lugar del PC en la realidad uruguaya.

La estructuración del espacio planificada en todos sus detalles permite visualizar el estilo organizativo que constituyó, como se verá, un distintivo fundamental de la identidad partidaria.

En suma, el acto de celebración del aniversario funcionaba como una síntesis de la estructura partidaria, de su inserción en la sociedad uruguaya, de sus relaciones con la izquierda del país y con el movimiento comunista internacional. Y era la vivencia de esta síntesis lo que le daba una carga emotiva para los comunistas que participaban en él y un significado simbólico. En tanto ritual institucionalizado, el acto celebratorio escenificaba anualmente la identidad comunista nacional.⁴¹

41 Si bien la estética y el carácter del acto celebratorio del aniversario se mantuvieron idénticos durante el período estudiado, debe tomarse en cuenta que algunas circunstancias políticas y, particularmente, el crecimiento del PC y de la UJC llevaron a que el acto tuviera cada año algunas novedades: cantidad de participantes, camisa de los jóvenes comunistas, importancia de la delegación de Cuba y más tarde de Chile, homenajes al Che y a Ho Chi Min después de sus respectivas muertes, delegados de los otros grupos del Frente Amplio en el escenario, consignas.

4

EL CARNÉ

No somos una secta ni un grupo escogido de conspiradores, nacemos de la clase obrera y del pueblo, somos pues hombres comunes, sencillos y alegres. Amamos el pan y el vino, la alegría de vivir, las mujeres y los niños, la paz y la mano cordial del amigo, la guitarra y los cantos, las estrellas y las flores. No somos iracundos ni desarraigados, ni gente que pretende meter la vida en los zapatos estrechos de la fraseología, como lo hacían con sus pies las antiguas mujeres chinas. Marx nuestro maestro hizo suya la frase de Terencio: “Nada de lo humano nos es ajeno”. Por lo mismo amamos el oscuro heroísmo del trabajo revolucionario de todos los días y no tememos por eso el otro trabajo cuando toca, de vencer la tortura, las balas o la muerte.

Un pequeño tríptico de portada roja, la hoz y el martillo, el nombre del partido y la sigla PC, adentro doce pequeños cuadrados para pegar en cada uno de ellos la estampilla (la cotización mensual que se aportaba en cada agrupación) y, hacia fines de los sesenta, en la parte de atrás este texto de Rodney Arismendi.

El carné, bandera en miniatura, símbolo de pertenencia, constituye uno de los documentos más interesantes para analizar el modo en que los comunistas se percibían a sí mismos y se mostraban hacia los demás.

Llama la atención que el texto de Rodney Arismendi empiece por una negación.⁴² Esta manera de definirse

42 El texto que aparece en el carné es un fragmento del discurso de homenaje y bienvenida al poeta Marcos Ana, preso durante varias décadas en las cárceles franquistas. En este discurso, el dirigente uruguayo

—primero por lo que no se es— puede leerse como la necesidad de dar respuesta a lo que los comunistas entendían como un conjunto de prejuicios que la sociedad tenía sobre ellos en el contexto de la Guerra Fría: gente rara, aislada, distinta, conspiradores, cuerpos ajenos al sistema. Por eso lo que querían decir de sí mismos es que eran como los otros en su gusto por la vida y por las cosas más vinculadas a los afectos.

Es esta una definición que destaca como eje una concepción humanista (cita de Terencio), una autopercepción que jerarquiza lo común, lo sencillo, lo cotidiano, lo pequeño. Y para ello se eligen objetos universales que pretenden funcionar como símbolo de la vida: la mano cordial del amigo, las flores, el pan, el vino, la guitarra, las estrellas. Y los niños y las mujeres. El ser comunista aparece como un hecho masculino y, si bien este es un elemento común en una época en que el lenguaje reflejaba el papel marginal asignado tradicionalmente a la mujer, no deja de ser significativo que en el carné que tantos miles de mujeres portaban se definiera a un comunista como a un ser a quien le gustan las mujeres.

Es paradigmático de un tiempo en que el ser revolucionario no significaba cuestionarse las desigualdades entre sexos.⁴³ Los comunistas en algunos casos se referían al tema; por ejemplo, cuando destacaban “la emancipación de las

hace una referencia al carné de Marcos Ana, lo cual lleva a pensar que la importancia simbólica del carné formaba parte de todos los partidos comunistas. “Este Marcos Ana, para satisfacción nuestra, carga sobre el corazón, al que apuntó un día el fusil de Franco, el carnet del Partido Comunista, firmado por Dolores y Carrillo, el carnet que antes luciera el nombre de José Díaz, al que fueran fieles Julián Grimau y tantos otros.” *Estudios*, n.º 26, Montevideo, 1963.

43 “El lenguaje del heroísmo de la izquierda no contenía demasiadas referencias a las virtudes masculinas, exceptuando algunas alusiones a la valentía como ‘virilidad’. Sin embargo, los documentos de ese período presentan a la militancia de izquierda como un asunto de hombres: con contadas excepciones, eran ellos quienes daban discursos, escribían manifiestos y representaban a sus electores en el parlamento.” Vania Markarian: *Idos y recién llegados. La izquierda uruguaya en el exilio y las redes transnacionales de derechos humanos, 1967-1974*, Montevideo, CIEU (FHCE, UDELAR) y La Vasija, 2006, p. 47.

mujeres en la URSS”. Había, además, un sector del PC específicamente integrado por mujeres y una preocupación por lograr una afiliación y participación más masiva de estas. No es un hecho menor, además, que la primera diputada comunista en América Latina y una de las primeras mujeres senadoras en el país haya sido Julia Arévalo.⁴⁴

No eran una secta ni un grupo escogido de conspiradores, es decir, algo separado, diferente, foráneo. Por el contrario, surgían del pueblo mismo y eran como el pueblo mismo. La definición buscaba jerarquizar la inserción del comunista en su medio social aunque nada decía específicamente sobre el Uruguay (no mencionaba, por ejemplo el gusto por el asado, el mate, el folklore o el tango). Es decir que esta definición podría bien aplicarse a un comunista italiano, chileno o paquistaní. No había nada específico nacional porque lo que caracterizaba al comunista era, precisamente, que estuviera donde estuviera pertenecía a su pueblo, echaba raíces en su medio. “No somos iracundos ni desarraigados...” El comunista era comunista en cualquier parte del planeta, era a la vez un revolucionario con raíces en su medio local y un ciudadano del mundo.

Pero también aparece —implícitamente— la diferencia: se distinguían por su heroísmo, tanto en lo cotidiano y oscuro como en las situaciones límites. Eran personas comunes y corrientes pero, a su vez, no eran iguales. Lo que marcaba su identidad, lo que no era un mero asunto individual o accidental, sino que estaba en la definición misma del ser comunista, era su amor por “el trabajo revolucionario de todos los días”. Y ese trabajo cotidiano —se planteaba— era heroico. Lo heroico no eran los grandes gestos revolucionarios

44 La diputada comunista Julia Arévalo cuenta así su primera experiencia parlamentaria en 1942: “Me daba cuenta de que en cada sesión de las cámaras, más de uno quería probar mi capacidad como parlamentaria, sentía que me estaban tomando un examen, a mí que nunca había dado ninguno. Me respetaban, sí, pero muchos me miraban de reojo. Era mujer y comunista. Solo me faltaba ser negra para completar la trilogía de la segregación.” Cristina Canoura Sande: “Julia Arévalo”, en *Mujeres uruguayas*, tomo 2, Montevideo, Punto de Lectura, 2001, p. 42.

sino el trabajo oscuro, no basado en grandes frases sino en pequeños hechos.

Así como los tupamaros buscaron distinguirse por su rechazo al exceso de palabras y a la teorización, los comunistas buscaron diferenciarse por la jerarquización de la tarea cotidiana, minúscula, sistemática; es decir, por una concepción de la tarea revolucionaria, según ellos, opuesta a la de los otros grupos de izquierda. Se enfrentaban así dos concepciones sobre el heroísmo que atravesaron, con su carga emotiva, muchos de los debates de esas décadas y que conformaron modos bien diferentes de sentir la política.

En definitiva, el texto de Arismendi marcaba con claridad que la identidad comunista pasaba por un modo de hacer la revolución, derivaba de una estrategia, era la consecuencia de una visión ideológica opuesta —aunque no se la nombrara— a otras concepciones de la época. Si no se estaba de acuerdo con esa concepción, entonces no se era comunista. Identidad e ideología se superponían. No había varios modos de ser comunista.

La referencia a la victoria del comunista sobre la tortura y la muerte aparece como un hecho consumado, no como un problema a resolver. No había incertidumbre respecto a una situación que, en términos generales, en nuestro país todavía no se había atravesado. Ni siquiera se planteaba como un objetivo para cada comunista. En noviembre de 1972, en el contexto de la represión a los tupamaros, cuando la tortura se volvió en el Uruguay un hecho común en el trato a los presos políticos y cuando todavía la gran mayoría de los comunistas no habían pasado por esa experiencia, Rodney Arismendi escribía:

Pero la historia de las revoluciones —y en particular de los Partidos comunistas, incluso de los más pequeños y desamparados— es la historia del combatiente que vence la tortura y con ella derrota a la muerte política.⁴⁵

45 Rodney Arismendi: *Uruguay y América Latina en los años 70*, Montevideo, Ediciones Pueblos Unidos, 1972, p. 84.

La historiadora Vania Markarian cita en su libro una carta escrita en 1973 por Rodney Arismendi a un militante que había sido torturado:

¡Así proceden los auténticos comunistas! Y quien no sepa vencer de este modo, victoria de la conciencia y el corazón comunistas, sean cuales fuesen sus otras cualidades personales, que no ponga sobre su pecho el carné del Partido.⁴⁶

El ser comunista se volvía, así, una definición, una categoría a priori de la realidad concreta. Aparecía entonces en el carné una visión esencialista del ser comunista, como un ser determinado por su ideología. El comunista debía comprobar en la práctica que era un verdadero comunista. Había una concepción modelizadora: un deber ser definido y explicitado.

Esa operación intelectual que suponía definir la realidad a partir de lo ideológico y no a partir de la práctica fue uno de los elementos fundamentales de la identidad comunista. Esa misma operación intelectual se analizará con relación al primer estatuto del PC: así como el Partido Comunista era la vanguardia por definición ontológica, el ser comunista era sinónimo de ser un revolucionario.

El carné se entregaba anualmente, en el marco de una rigurosa planificación organizativa que suponía *llegar* a cada afiliado para dárselo.

46 Vania Markarian: o. cit., p. 50.

Como todo carné, el del PC representaba la pertenencia a la organización.⁴⁷ Era el símbolo material del ser comunista.⁴⁸ Lejos de ser un acto administrativo, tener y recibir el carné era sentido por los militantes, en general, como el hecho que representaba su opción de vida. Las siguientes palabras del psicólogo Enrique Sobrado sintetizan este sentimiento:

[...] he recibido un pequeño cartoncito rojo que representa la fuerza solidaria de millares, la seguridad de un camino correcto, la alegría en la lucha, el optimismo en el mañana, la confianza en el hombre.⁴⁹

La referencia al carné como elemento de identidad se repetía en los discursos de una u otra manera. Por ejemplo, a propósito de la invasión soviética a Checoslovaquia, en 1968, Arismendi, en un largo discurso⁵⁰ en el que fundamentó el apoyo del PC uruguayo a la URSS, culminó diciendo frente a un activo partidario en el que participaban los principales cuadros:

47 La mayoría de los grupos de izquierda —Grupos de Acción Unificadora (GAU), Frente Estudiantil Revolucionario (FER), 26 de Marzo, Resistencia Obrero-Estudiantil (ROE)— no usaban el carné ni la ficha de afiliación. Esto quiere decir que la manera en que los militantes se integraban a sus respectivas organizaciones formaba parte de estilos bien diferenciados de militancia y encuadre orgánico. Los socialistas, al igual que los comunistas, tenían carné, por lo menos en los períodos en que el PS fue un partido legal. (No se menciona al MLN porque, en tanto grupo clandestino, no podía tener esta práctica.)

48 Hasta tal punto el carné tenía un valor simbólico que, después del golpe de Estado, muchos comunistas sintieron que ese fue el papel que más les costó romper. Algunos, incluso, optaron por esconderlo aun a sabiendas de los riesgos que implicaba. En la carta de Rodney Arismendi antes mencionada aparece también con claridad la importancia simbólica del carné.

49 *Estudios*, n.º 63, Montevideo, 1972.

50 Esta última parte del discurso de Rodney Arismendi es una rica síntesis que condensa en su brevedad el conjunto de elementos que identificaban al Partido Comunista de Uruguay en el período estudiado.

¿Y cómo nosotros, Partido Comunista, partido marxista-leninista, partido plantado en medio de la lucha contra la política del imperialismo y la reacción en nuestro país, partido que aprieta los dientes porque el primer muerto de esta época llevaba el carnet del Partido y de nuestra Juventud Comunista, íbamos a situarnos en una actitud ambigua, pilatuna, en la definición de la batalla mundial entre capitalismo y socialismo? ¡Antes romper el carnet del Partido!⁵¹

El PC se propuso ser un partido de cuadros y de masas; por lo tanto, ser afiliado no significaba necesariamente ser militante, y ser militante no implicaba ser un cuadro. La organización admitía numerosos círculos concéntricos. Se consideraba comunista a todo afiliado al PC, fuera o no militante, pero se planteaba como objetivo que todo afiliado mantuviera algunos lazos básicos con la organización: *cotizar*—esto es, contribuir financieramente— y asistir a las reuniones de su agrupación (célula básica del partido) o círculo (equivalente a la agrupación en la organización de la UJC). De este modo queda claro que tanto la contribución financiera como la asistencia a una reunión de agrupación tenían, prioritariamente, un valor de encuadre orgánico.

Llevar y recibir el carné, entonces, adquiría el sentido de un acto de contención, de lazo, de vínculo. La entrega anual del carné representaba, en la interna partidaria, la instancia de confirmación del sentido de pertenencia, el momento en que el partido de masas predominaba sobre el partido de cuadros. La entrega del carné a todos los afiliados suponía para cada uno de ellos reafirmar su afiliación, su acuerdo, su compromiso. Tómese en cuenta que miles de afiliados no militaban de forma orgánica; por lo tanto, recibir el carné era en sí mismo un hecho político: una renovación de la adhesión al partido. Esto no quiere decir que para los afiliados

51 El discurso fue pronunciado el 24 de agosto de 1968. *Estudios*, n.º 47, Montevideo, 1968.

no militantes el valor simbólico de recibir el carné fuera el mismo que para los militantes encuadrados.

La entrega de miles de carnés formaba parte de un conjunto de actividades anuales: el acto de celebración de la fundación del PC, el aniversario de la Revolución Rusa, el pasaje de militantes de la UJC al PC,⁵² las reuniones de los organismos. En conjunto estas actividades conformaban una vida institucional ritualizada, por cuanto siempre se hacían en la misma fecha y con características similares, aun cuando los contextos políticos fueran distintos.

La repetición adquiría así un carácter de encuadre: constantes de temporalidad y espacio que sostenían la organización dotándola de un orden propio, previsible, seguro. La vida partidaria estructuraba la cotidianidad colectiva e individual y reforzaba, en cada ritual, el sentido de pertenencia.

52 “El 7 de octubre se celebrará, como todos los años, una promoción de jóvenes comunistas al Partido. Esto ya es tradicional pero este año tiene un carácter especial por tratarse de la promoción centenario de Lenin.” *El Popular*, Montevideo, 27 de setiembre de 1969.

LA UNIDAD COMO ORGULLO

Los comunistas uruguayos se enorgullecían de ser un partido unido. Continuas declaraciones públicas certificaban este orgullo que era, sin duda, una de las marcas de su identidad. La unidad aparecía como un soporte indispensable para que el partido cumpliera su misión. No se explicitaba, sin embargo, en qué consistía esa unidad: se daba por sobreentendido que así era la realidad partidaria después de la crisis de 1955.⁹⁵

De todos modos, a nivel público no se conocen debates ideológicos ni desprendimientos significativos en el período 1955-1973.⁹⁶ Será tarea de futuros historiadores investigar si

95 La noción de unidad fue, en este período, muy cara al PC de Uruguay, no solo en lo que hace a su funcionamiento interno, sino también con relación a su línea política: la unidad de la izquierda y la del movimiento sindical. Pero también en lo que hace a sus posiciones internacionales los comunistas uruguayos bregaron por la unidad del movimiento comunista internacional. En todos los casos, por supuesto, esa unidad tenía determinados contenidos y debía darse en determinadas condiciones.

96 Después de la crisis del 55, el PC intentó que todos los expulsados durante el período de Gómez volvieran a integrar la organización. Algunos de ellos mantuvieron incluso su antiguo número de carné. Entre los que no volvieron se destacan el dirigente sindical Héctor Rodríguez, quien años después fundaría los Grupos de Acción Unificadora (GAU), y Antonio Ricchero, quien había sido un importante dirigente en la década del cuarenta. A partir también de la crisis del 55, y seguramente de la desilusión por las denuncias respecto a Stalin, algunos afiliados se alejaron de la militancia sin llegar a desafiliarse. Lo hicieron de un modo individual y no como una opción colectiva. En los primeros años de la década del sesenta, a raíz del conflicto chino-soviético, se produjo una escisión en la UJC por la cual algunos importantes dirigentes (Julio Arizaga,

la autoproclamada unidad fue efectivamente así y si no hubo hechos nacionales e internacionales que pudieron, eventualmente, ser objeto de polémicas o de resoluciones por mayoría.

Es que un conjunto de interrogantes se abre al investigar esta problemática. Cuando los comunistas se proclamaban como partido unido: ¿era una declaración hacia afuera que escondía de algún modo fisuras internas que no se quería reconocer? ¿Esa unidad era —en caso de haber sido tal— fruto de un debate democrático o producto de una estructura verticalista que no permitía que emergieran las divergencias?

Por otra parte —más allá de su funcionalidad operativa— cabe preguntarse: ¿la unidad de un partido es en sí misma algo positivo, tal como lo proclamaba el PC, o, por el contrario, puede encubrir pobreza ideológicas, carencias en materia de cuadros, dificultades de índole organizativa, excesos autoritarios?

En suma: ¿de qué fenómenos de la cultura institucional del PC da cuenta esta marca identificatoria de la que los comunistas se sentían orgullosos?, ¿qué lecturas se pueden abrir a partir de esta percepción de la unidad concebida como virtud partidaria?

Sin embargo, esta batería de interrogantes no parece completa si no se la inscribe en un contexto que rebese las fronteras nacionales. En otras palabras: ¿era esta cultura de la unanimidad un rasgo específico del Partido Comunista de Uruguay o es preciso vincularla a un modo más general de funcionamiento de los partidos comunistas liderados por el PCUS? ¿Qué vínculos se pueden establecer entre este modus

Washington Rodríguez Beletti, Mario Echenique, entre otros) se alejaron y posteriormente formaron un nuevo grupo: Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). También en estos años, después de un viaje a la URSS, se desafilió Mauricio Rosencof, quien sería luego uno de los fundadores del MLN. En 1968, a raíz de la invasión soviética a Checoslovaquia —que fue seguramente uno de los hechos que dieron lugar a debates internos, aunque no necesariamente orgánicos—, algunos comunistas abandonaron la organización, pero sin que este llegara a ser un hecho público ni colectivo. Ninguno de ellos era dirigente.

operandi del PC y el fenómeno de la estalinización de los partidos comunistas del mundo? ¿Es posible descubrir —también en esta dimensión— una matriz común? ¿Así funcionaban los partidos integrados al movimiento comunista internacional liderado por la URSS, aun después de la revisión de los métodos estalinistas en 1956? ¿Qué relación tiene la unidad interna del PC uruguayo con la concepción soviética de un mundo comunista liderado desde un solo centro?

Parecería, en primera instancia, difícil o improbable constatar estos fenómenos que pertenecen a una esfera subjetiva. Los caminos de procesamiento de la unidad interna de una organización no se pueden analizar solo a través de documentos. Por otra parte, para calar hondo en este fenómeno sería imprescindible trabajar en términos comparativos, registrando posibles mecanismos comunes en el modo de operar de los partidos comunistas en el período estudiado. No basta, por supuesto, la lectura de Lenin sobre el centralismo democrático ni tampoco considerar —de modo simplificador— que el modelo del Partido Comunista soviético en sus diferentes etapas haya sido imitado mecánicamente por todos los partidos comunistas del mundo. Parecería muy interesante el estudio comparativo de algunos partidos que funcionaron en las democracias de los países capitalistas, como es el caso del francés, el italiano, el chileno y el uruguayo.

Sin embargo, aunque no sea esta la investigación que se aproxime a ese conjunto de problemas y considerando que esas futuras investigaciones pueden modificar las hipótesis aquí manejadas, se intentará anotar algunos engranajes que movía el PC en su accionar interno, a fin de delinear mejor el modo de ser de los comunistas uruguayos.

No se pretende aquí contestar las interrogantes antes formuladas, sino solo contribuir a reconocer algunas problemáticas que, por su importancia no solo con relación al PC sino

también al conjunto de la izquierda y al movimiento sindical, merecen ser objeto de una acumulación historiográfica.⁹⁷

LA CRISIS DE JULIO 1955

Interesa detenerse en el desarrollo de esta crisis porque, como momento de ruptura, fue el punto de partida de la construcción de uno de los elementos fundamentales de la identidad comunista nacional: su orgullo por la unidad del partido.

En los años anteriores al 55, el PC, dirigido por Eugenio Gómez, expulsó a varios de sus dirigentes; entre ellos los más destacados fueron el dirigente sindical Héctor Rodríguez⁹⁸ y Antonio Richero, quien había sido secretario de Organización. Fueron expulsados, además, varios cuadros vinculados al Comité Central. A todos se los acusaba de titistas,⁹⁹ trots-

97 El cuestionamiento sobre las fronteras de esta cultura de la unanimidad puede incluir también dos formulaciones diferentes. En primer lugar, es pertinente plantearse en qué medida la pertinaz unidad que les permitió a los dos partidos tradicionales conservarse como tales pese a sus divisiones internas pudo funcionar como una tradición nacional que atravesó al Partido Comunista uruguayo. En segundo lugar, también es posible preguntarse qué peso tuvo en la historia de unidad de la CNT y del Frente Amplio esta característica de la cultura comunista, tomando en cuenta la gravitación de este partido en las dos organizaciones.

98 En la entrevista que Fernández Huidobro le hace a Héctor Rodríguez, este desarrolla las diversas instancias de su expulsión y argumenta por qué, pese a que Arismendi lo intentó a través de una larga entrevista, no quiso volver. Sintéticamente sus argumentos son dos: no estaba de acuerdo con la línea del PC y no tenía confianza en los nuevos dirigentes: “Gómez hubiera sido imposible —le dije— sin tu apoyo, el de Suárez y el de Pastorino. Y hoy ustedes tres son los dirigentes del Partido. [...] Ustedes echaron a Gómez pero ahora quiero ver qué hacen con el Partido”. Eleuterio Fernández Huidobro: *El tejedor. Héctor Rodríguez*, Montevideo, TAE, 1995, pp. 176-180.

99 La palabra *titistas* está vinculada al conflicto de la URSS con Yugoslavia. Tito fue el primer dirigente de un país socialista que rompió con la URSS y se enfrentó a Stalin. Por eso la acusación de *titista* era sinónimo de antisoviético, de enemigo, de traidor.

kistas, agentes de la CIA, divisionistas, usando un lenguaje común en esa época entre los comunistas del mundo.¹⁰⁰

En julio de 1955 un grupo de dirigentes tomó la conducción del PC y expulsó a su secretario general y al secretario de Organización (Eugenio Gómez y Eugenio Gómez Chiribao, respectivamente). El procesamiento de estas expulsiones fue sumamente tenso e incluso violento.

Los dirigentes que expulsaron a los Gómez se convirtieron, a partir de esa circunstancia, en las principales figuras comunistas legitimadas por los sucesivos congresos del PC. Fueron ellos Rodney Arismendi, Enrique Pastorino, Julia Arévalo, Enrique Rodríguez, José Luis Massera, Jaime Pérez, Alberto Altesor, César Reyes Daglio, Eduardo Bleier, Eduardo Viera, Leopoldo Bruera, Félix Díaz y Vladimir Turiansky, entre otros.

Como ya se ha planteado, importa destacar que no surge de los documentos de la época nada que haga ver esta crisis como un proceso de desestalinización. Los expulsados y los nuevos dirigentes se definieron en julio del 55 como estalinistas.¹⁰¹ No se acusó a Eugenio Gómez de ser estalinista, tal como se puede comprobar en los dos fragmentos que se leen a continuación. Los documentos surgidos a partir de estas expulsiones no cuestionan a Stalin, ni a la URSS, ni a la línea del PCUS, ni hacen mención a ningún fenómeno negativo en los países socialistas.

[...] la concepción nacional-burguesa del grupito de Gómez, arroja plena claridad sobre su antisovietismo, sembrado a hur-

100 Esas expulsiones fueron simultáneas a las purgas estalinistas en la URSS y en otros partidos comunistas del mundo en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. No se las puede considerar, por lo tanto, como un fenómeno específico de los comunistas uruguayos o atribuírselas exclusivamente al estilo de conducción de Eugenio Gómez.

101 “Yo fui stalinista y me voy del partido siéndolo. Me voy arrojando citas de Stalin sobre Eugenio Gómez”, escribió Héctor Rodríguez. Eleuterio Fernández Huidobro: o. cit., p. 144.

tadillas para burlar la inquebrantable fidelidad del Partido a la causa sagrada de la solidaridad con la URSS.¹⁰²

[...] el carácter fundamental de los errores del Partido radicó en su raíz nacionalista-burguesa, los elementos socialdemócratas no son más que sus consecuencia.¹⁰³

Por eso, no parece acertada la afirmación de Robert Paris y Madeleine Reberieux:

El secretario general, Eugenio Gómez, [...] es excluido del partido en 1955 bajo la acusación de estalinismo.¹⁰⁴

La historiadora Ivette Trochon considera que esta crisis no devino renovación por cuanto el PC fue, antes y después, estalinista:

La trayectoria posterior del partido demostró que la autodenominada renovación en realidad no existió.¹⁰⁵

El PC en sus documentos nunca asoció lo que llamó *renovación* a lo que en la URSS se llamaría, después de 1956, *desestalinización* y que daría lugar a una nueva etapa en la historia del movimiento comunista internacional.

Lo que sí parece quedar claro es que a partir del liderazgo de Rodney Arismendi, de la asunción de una renovada dirección, en el contexto de una nueva realidad socioeconómica del Uruguay y en el marco de un cambio en la situación internacional y de un viraje en la línea del PCUS, el PC inició una nueva etapa en cuanto a su inserción en el país, al trazado

102 *Estudios*, n.º 1, Montevideo, 1956.

103 *Ibidem*.

104 Robert Paris y Madeleine Reberieux: "Socialismo y comunismo en América Latina", en Jacques Droz (dir.): *Historia general del socialismo. De 1945 a nuestros días*, Barcelona, Destino Libro, 1985, vol. 2, p. 100.

105 Ivette Trochon: o. cit.

de nuevos objetivos estratégicos y a la forma de organizar su propio partido.

El primer impulso renovador de los dirigentes que sustituyeron a Eugenio Gómez se ambientó en un contexto marcado todavía por el liderazgo de Stalin. En julio de 1955 los dirigentes comunistas uruguayos —al igual que los de todos los partidos comunistas del mundo— no cuestionaban al Partido Comunista soviético y participaban de múltiples maneras en el culto a la personalidad de Stalin.¹⁰⁶

¿Por qué entonces es posible considerar que hubo a partir de la crisis del 55 un viraje en la conducción del PC? ¿No se trató solo de un cambio de dirigentes? ¿Se inició efectivamente en 1955 un proceso de renovación del Partido Comunista de Uruguay?

Ivette Trochon plantea que no hubo renovación porque no hubo desestalinización. Sin embargo, es posible considerar que hubo un primer impulso renovador por parte de Arismendi y otros dirigentes, aunque esa renovación no significara en 1955 una revisión de la cultura estalinista hegemónica en ese momento en el mundo comunista.

La lectura de los documentos del PC anteriores al Congreso del PCUS de mayo de 1956 permite considerar que el primer impulso renovador tuvo que ver con la superación del aislamiento político del Partido Comunista y con la revisión del estilo de su dirección.

El XVI Congreso, realizado en febrero de 1956, caracterizó así los problemas derivados de una conducción equivocada:

La irresponsabilidad respecto al título de miembro del Partido, la deformación del centralismo en un sentido burocrático y mecanicista, el sofocamiento de la crítica y la autocrítica que impide la iniciativa creadora de las masas partidarias y liquida

106 Por ejemplo, en diciembre de 1955, cinco meses después de que asumiera la nueva dirección, “tuvo lugar en la Casa Central del Partido un acto en homenaje a Stalin con motivo de su nacimiento”. “Vida del Partido”, en *Estudios*, n.º 1, Montevideo, 1956.

la democracia interior, el “culto a la personalidad” y la postergación de la responsabilidad de los organismos, negadora del trabajo colectivo, la relación incorrecta con las organizaciones de masas y la despreocupación por la composición social del Partido y por su base en las grandes empresas traducen, en materia organizativa, los errores ideológicos que han afectado el papel de vanguardia del partido.¹⁰⁷

El dirigente José Luis Massera se refirió a la misma problemática sintetizándola así:

En los últimos diez o doce años, se afirmaron en el Partido —bajo una evidente influencia del browderismo norteamericano y del reformismo batllista nacional— las tendencias del reformismo burgués. Pese a las frecuentes explosiones sectarias, verbales e inoperantes, el Partido actuaba como un ala radical de los partidos burgueses.¹⁰⁸

Y Alberto Suárez, enfatizando en los problemas organizativos, planteaba:

Tal vez, la mayor dificultad actual para avanzar, radique en la pequeñez de nuestro partido, en relación a la magnitud de las tareas que tiene ante sí. La tarea esencial consiste en engrandecer al Partido, pues por la violación de los principios leninistas y por la falta de un programa, el número de sus afiliados no guarda relación con la notoria autoridad que el Partido posee en el seno de la clase obrera.¹⁰⁹

La renovación, entonces, no fue un mero recambio de dirigentes ni una crisis más de las varias que el PC había tenido en los últimos años. Tampoco fue un precoz anuncio de los virajes inmediatos del PCUS. Los cambios operados se

107 Documentos del XVI Congreso, febrero de 1956.

108 José Luis Massera: “Algunas consideraciones en torno al primer aniversario del XVI Congreso”, en *Estudios*, n.º 3-4, Montevideo, 1956.

109 Alberto Suárez, en *Estudios*, n.º 1, Montevideo, 1956.

relacionaron más con el papel que debía jugar la organización en el proceso revolucionario, con el diseño de una estrategia de inserción en el movimiento obrero y en la sociedad uruguaya en general, y con una nueva concepción estratégica que se definió en primera instancia en 1956 pero que se concretó, esta sí, después de los cambios en la Unión Soviética, en 1958, en el XVII Congreso.

LOS CAMBIOS DESPUÉS DE LA CRISIS DE 1955

La primera novedad relevante fue que, a partir de la crisis, el PC pasó a ser conducido por Rodney Arismendi. Tanto él como los otros dirigentes que lideraron el proceso iniciado en el XVI Congreso en 1955 ya lo eran antes de la crisis. Miembros del Comité Central en la década del cuarenta y comienzos de los cincuenta, habían participado como tales en los lineamientos anteriores del PC. Esto significa que la renovación se procesó desde dentro mismo de la organización. Sin duda la figura cada vez más destacada de Arismendi jugó un papel fundamental en la revisión de lo actuado y en la elaboración teórica de nuevas líneas de acción.

En el marco de ellas se fundó la Unión de Juventudes Comunistas (UJC) y se crearon el diario *El Popular* y la revista teórica *Estudios*, dependiente del Comité Ejecutivo y cuyo director durante décadas fue el propio Arismendi.

En 1958 se realizó el XVII Congreso, que resultó ser el punto de partida ideológico de la nueva etapa iniciada, en el cual se aprobaron la Declaración programática y los nuevos estatutos.

En la Declaración programática elaborada después del XX Congreso del PCUS se plantearon tres objetivos estratégicos hacia los que se debía encaminar la acción partidaria: la unidad del movimiento sindical, la unidad de la izquierda con vistas a formar un Frente de Liberación Nacional y la construcción de un gran partido.

Era la primera vez que un partido de izquierda uruguayo se planteaba convertirse no solo en un partido de la clase

obrero, sino en una organización con gran arraigo popular. En la historia de la izquierda uruguaya este proyecto político fue profundamente innovador, en la medida en que se proponía saltar las tradicionales barreras de los partidos de ideas para convertirse en un partido de masas de carácter nacional.

En lo ideológico esa renovación no se dio como fruto de una *iluminación* ahistórica de Arismendi, sino de nuevas realidades tanto internacionales como nacionales. Tómese en cuenta que en el XX Congreso del partido soviético se planteó por primera vez la pluralidad de vías al socialismo y se propuso la coexistencia pacífica.

Lo que sí hizo Arismendi fue, a partir de un análisis de la realidad del continente, elaborar para América Latina y para el Uruguay una teoría coherente con aquellos lineamientos generales. Y fue esa nueva visión de los procesos continentales y nacionales la que se convirtió en el eje de la acción política del PC hasta 1973.¹¹⁰

El aporte —sin duda relevante— de Rodney Arismendi fue, por eso, más de carácter político que ideológico. Su conducción de la renovación partidaria y su proyección como parlamentario y teórico a escala nacional lo convirtieron en un líder político de primera línea en la izquierda uruguaya.

Ese significativo cambio del PC que se procesó hacia fines de la década del cincuenta fue aproximadamente simultáneo a las novedades en el Partido Socialista (debate Frugoni-Vivían Trías) y al surgimiento del MLN. En esos años surgió también el semanario *Marcha*, que marcó un hito en la construcción de la izquierda sesentista. Este conjunto de novedades locales se inscribió, a su vez, en una América Latina marcada por el inicio de la Revolución Cubana.

Es decir que las innovaciones del PC no fueron solo el resultado de un proceso interno que condujo a los comunistas a revisar sus estrategias. Tampoco fueron la consecuencia mecánica de cambios en la URSS, aunque, por cierto, resultaron

110 Para una sintética biografía de Rodney Arismendi ver Gerardo Caetano y José Rilla: *Historia contemporánea del Uruguay. De la colonia al siglo XXI*, Montevideo, CLAEH y Fin de Siglo, 2005, p. 301.

coherentes con la nueva línea internacional del PCUS. Por el contrario, esa nueva etapa del PC formó parte de un conjunto de transformaciones en la izquierda uruguaya en el período 1955-1965.¹¹¹

Dado que la renovación operada a partir de la crisis de 1955 no supuso ningún cambio en la relación del PC con la URSS, no hubo tampoco novedades significativas respecto a su cultura institucional. Por ello es posible detectar en la cultura comunista contundentes permanencias desde su fundación hasta el quiebre producido en la década de los noventa, después, precisamente, de la disolución de la Unión Soviética.

Sin embargo, algunos factores internos y externos iban delineando elementos nuevos o algunas formas organizacionales distintas en el modo de relacionarse los comunistas entre sí y con el resto de la sociedad. Esos factores explicarían algunas diferencias respecto a lo que se analiza en este libro: el modo de ser comunista en el Uruguay.

La creciente crisis económica estructural y las novedades en la política nacional, la magnitud de los objetivos estratégicos que el PC se propuso lograr, la cada vez mayor importancia de las otras corrientes de izquierda, la Revolución Cubana, la división del mundo comunista, son algunos de los factores que ambientaron una cierta dinámica nueva en la matriz comunista original.

EL PAPEL DE RODNEY ARISMENDI Y LA CULTURA DE LA UNANIMIDAD

El hecho de que el nuevo secretario general fuera Rodney Arismendi fue un elemento de peso en el funcionamiento del PC en el período y un factor que es preciso analizar con relación al tema de la unidad interna como ingrediente sustancial en la identidad comunista.

111 Para una visión general de los cambios de la izquierda en este período cf. José Rilla: *La actualidad del pasado. Usos de la historia en la política de partidos en el Uruguay (1842-1972)*, Montevideo, Sudamericana, colección Debate, 2008.

A partir de la década de los sesenta, Arismendi se convirtió en un referente latinoamericano del movimiento comunista internacional liderado por la URSS y en un interlocutor de cierta relevancia entre los partidos comunistas del mundo alineados bajo su égida.¹¹²

112 En este sentido vale la pena explicitar la jerarquización que se hace de Arismendi en la *Historia general del socialismo* dirigida por J. Droz: “[...] y de la nueva generación comunista viene la estrella encarnada por un intelectual próximo a Fidel Castro, Rodney Arismendi, quien en agosto de 1958 se convierte en secretario del partido en su XVII Congreso” (p. 300). “Pero le corresponde al nuevo secretario general del Partido Comunista de Uruguay, uno de los excepcionales pensadores marxistas que cuenta en América Latina, superar esta elemental solidaridad, teorizarla. Rodney Arismendi se ha hecho conocer en 1948 por su libro *La introducción del dólar en América Latina*, escrito en un estilo vivo y coloreado, y donde él se ha tomado el trabajo de estudiar el extraordinario enredo de intereses en los que se apoyaban los éxitos de la diplomacia de los Estados Unidos. En mayo de 1959, por la publicación de dos artículos en la *Nueva Revista Internacional*, inicia el gran debate comunista sobre la burguesía nacional. Y en diciembre de 1962 publica, en Montevideo, *Problemas de una revolución continental*, un texto capital que se comentará ampliamente durante mucho tiempo. El triunfo cubano —declara— ha hecho salir a América Latina de las tinieblas. Amigo personal de Fidel y organizador en Uruguay de una solidaridad de masas con Cuba, en buenos términos con Moscú —critica el trotskismo e integra las tesis sobre la coexistencia pacífica del antiimperialismo militante—, líder comunista de un país donde la guerrilla rural apenas tiene sentido, Arismendi está bien situado no solo para enunciar, sino para hacer aceptar por los diversos partidos de América Latina, la idea según la cual “los cubanos tienen razón cuando dicen: ahora la revolución habla español”. Se trata, explica, de una sola revolución continental cuya unidad nace esencialmente del papel histórico del imperialismo yanqui, y no de revoluciones yuxtapuestas con objetivos más o menos similares. Estas tesis, en las que Arismendi desarrollará durante una década las implicaciones políticas, están en el origen del papel que va a representar el PC uruguayo, verdadero mediador entre el mundo de los barbudos de la sierra y el de las grandes ciudades del Plata. Robert Paris y Madeleine Réberiooux: “Socialismo y comunismo en América Latina”, o. cit., pp. 330-331.

Por su parte, el chileno Rodríguez Elizondo señala: “R. Arismendi, uruguayo, uno de los pocos secretarios generales que es, simultáneamente, un ideólogo del marxismo leninismo”. José Enrique Rodríguez Elizondo: *La crisis de las izquierdas en América Latina*, Caracas, Instituto de Cooperación Iberoamericana y Nueva Sociedad, 1990.

Es que al analizar este partido que se enorgullecía de su *inquebrantable unidad* no se puede dejar de considerar lo que les significó a los comunistas de este pequeño país latinoamericano ser conducidos por una figura con proyección internacional. A partir de la década del sesenta la historia del PC, su modo interno de operar, su línea política y su institucionalidad estuvieron determinados por el hecho de que su primer secretario¹¹³ no solo fuera una figura pública nacional, sino también, y predominantemente, una figura con cierto reconocimiento en un movimiento comunista dividido, resquebrajado e intensamente conflictivo.¹¹⁴

Rodney Arismendi no fue, entonces, solo el primer secretario de su partido; fue para los comunistas la cabeza pensante, el dirigente valorado y admirado. Se lo escuchaba, se lo leía, se lo estudiaba, se lo repetía. No se le discutía, no porque no se admitiera la discusión, sino porque se consideraba que no había nada para discutir. No se discrepaba con él, no porque un mecanismo explícito o implícito lo impidiera, sino porque lo que se intentaba hacer con sus ideas era entenderlas, comprenderlas, interpretarlas. Para los comunistas uruguayos de ese período Arismendi era un genio político, y el que un dirigente así fuera su primer secretario fue motivo de orgullo respecto a otros partidos comunistas latinoamericanos.

En 1996, Jaime Pérez escribía en su autobiografía:

113 El cargo de secretario general pasó a denominarse *primer secretario*.

114 Para los comunistas uruguayos el hecho de que Rodney Arismendi tuviera una relación personal e incluso, a veces, cercana con los grandes líderes mundiales fue un motivo de orgullo y admiración. Entre esas figuras se destacan Fidel Castro, el Che Guevara, Mao Tse Tung, Ho Chi Min, Arafat, Salvador Allende, Palmiro Togliatti, Armando Berlinguer, Mauricio Thorez, Dolores Ibarburu, Amílcar Cabral, entre otros. Las fotos de Arismendi con cada uno de ellos aparecían con frecuencia en *El Popular* y el propio Arismendi daba testimonio de sus entrevistas y encuentros con estos líderes en distintas partes del mundo. A estos nombres se les debe agregar el de cada uno de los gobernantes de la URSS y de los países socialistas europeos.

[...] porque lo que dijera Arismendi era aceptado por todo el mundo y nadie se ponía en su contra [...] una confianza en Arismendi casi absoluta. En este sentido él se podía mover con total comodidad. En todo este proceso del 55 al 71, no es que no haya habido coincidencia en todas las cosas en la dirección del Partido y en su Comité Central, pero en los casos en que aparecía alguna diferencia siempre había una abrumadora mayoría de apoyo a la línea que se estaba llevando adelante.¹¹⁵

[...] respecto a todo el núcleo de la dirección del Partido, Arismendi estuvo muy por encima, realmente descolló. Tenía una cultura que rebasaba en mucho la norma media y un conocimiento teórico muy profundo con una capacidad intelectual para indagar en los procesos latinoamericanos. Se puede decir que hubo otros compañeros muy capaces pero ninguno de nosotros vio tan lejos como él la perspectiva futura [...].¹¹⁶

Además de la valoración de sus obras teóricas y de sus informes partidarios, además de la admiración por el papel que su dirigente jugaba en el movimiento comunista internacional, los militantes admiraban en Arismendi su faceta parlamentaria. Diputado entre 1946 y 1973, reconocido por la oposición como un político de fuste, protagonista de importantes interpelaciones en la década del sesenta, autor de importantes proyectos de ley relativos a los derechos de los trabajadores, pieza fundamental en las discusiones parlamentarias sobre el presupuesto, negociador, buen orador, el dirigente comunista era considerado en su propio partido como la figura pública más importante de la izquierda uruguaya también en el escenario parlamentario, que se consideraba otro frente de lucha.

Los dirigentes que participaron en el llamado *golpe del 55* quedaron en alguna medida marcados por ese episodio y, particularmente, por lo vivido en la organización bajo la conducción de Eugenio Gómez. Las acusaciones de corrupción

115 Jaime Pérez: *El ocaso y la esperanza. Memorias políticas de medio siglo*, Montevideo, Fin de Siglo, colección Enfoques, 1996, p. 45.

116 *Ibíd.*, p. 23.

y amiguismo y lo que después del XX Congreso del PCUS se denominaría *culto a la personalidad* llevarían a aquellos dirigentes que la habían denunciado a jerarquizar de modo muy enfático la dirección colectiva.

El hecho de que Arismendi ocupara el cargo de primer secretario a partir de esa crisis marca algunas características de su personalidad como dirigente. Arismendi era un anti-Gómez en cuanto a sus relaciones con los otros dirigentes, con los cuadros, con los afiliados. Había en él una búsqueda deliberada de equidistancia, de sobriedad, de transparencia respecto a sus vínculos con el conjunto de los militantes.

Pero si bien la dirección era efectivamente colectiva (Secretariado, Comité Ejecutivo y Comité Central) en lo que se refiere a los lineamientos centrales del PC, tanto en lo nacional como en lo internacional esa dirección llevaba la marca inequívoca del pensamiento de Arismendi. La dirección era colectiva en cuanto elaboraba creativamente cómo producir políticas y prácticas que reflejaran con coherencia aquellos lineamientos, pero no era colectiva a efectos de la producción de teoría.

En lo que puede ser una suerte de división del trabajo, los otros dirigentes del PC se especializaban en determinadas áreas de la realidad nacional (la Universidad, el movimiento sindical, algunos temas económicos específicos, el movimiento estudiantil) y del propio partido (lo organizativo, lo propagandístico, la prensa partidaria, la juventud, las mujeres, los intelectuales).

Esa *división del trabajo* a nivel de la dirección se fundaba en un objetivo prioritario: se priorizaba la acción. La dinámica del propio proceso histórico, la necesidad de volcar esfuerzos intelectuales en analizar la realidad del país y las urgencias coyunturales colaboraban para que la especialización se volviera cada vez más necesaria y operativa. No era, por cierto, una división según la cual unos pensaban y otros hacían. El asunto es qué pensaba cada uno.

Si se analizan, por ejemplo, los artículos sobre aspectos teóricos publicados en la revista *Estudios* por otros dirigentes

comunistas, no se advierte en ellos ningún matiz, diferencia o énfasis particular respecto a la obra de Rodney Arismendi.

Sin duda, José Luis Massera fue —además de Arismendi— el intelectual más destacado del PC. En sus libros y en sus numerosos y densos artículos en *Estudios* es posible reconocer su profundidad y la magnitud de sus aportes teóricos. Sin embargo, fue Arismendi quien formuló por primera vez y quien desarrolló los grandes lineamientos del Partido Comunista uruguayo, y fueron sus libros y sus informes al Comité Central los referentes ideológicos que sostuvieron la línea política en el período considerado.

Esta modalidad de funcionamiento se sustentaba, pues, en una confianza plena en Rodney Arismendi, a quien se vivenciaba como el único capaz de *comprender* y elaborar los lineamientos estratégicos o los fenómenos cada vez más complejos que sacudían al movimiento comunista internacional y a la izquierda latinoamericana.

Se lo percibía como un verdadero intelectual marxista, pero no se lo contextualizaba en el pensamiento marxista latinoamericano de origen no comunista —que en general el colectivo partidario desconocía—. Se reconocía en Arismendi un interlocutor de Fidel, del Che, de Mao y de los sucesivos dirigentes del PCUS. Estas cercanías —en el imaginario colectivo e individual— generaron un gran prestigio que trascendió la persona del dirigente para convertirse en orgullo partidario.

Para entender la valoración de los comunistas respecto a Rodney Arismendi es fundamental destacar que, dado que no se debatían los puntos de vista de otros teóricos marxistas latinoamericanos y europeos que estaban produciendo al mismo tiempo, la obra teórica de Arismendi aparecía desprovista de su contexto ideológico. Al no ponerlo en relación con otros pensadores latinoamericanos —por ejemplo, con el peruano Mariátegui, o con el brasilero Carlos Nelson Coutinho, o con el cubano Fernando Martínez Heredia, o con los textos teóricos del Che—, se lo leía y se lo escuchaba

sin su necesario contrapunto, lo cual generaba una mayor admiración.¹¹⁷

Dicho de otro modo: aquellos comunistas no hubieran dicho de su dirigente que era uno de los principales teóricos latinoamericanos prosoviéticos, como indica el prestigioso sociólogo M. Lowy.¹¹⁸ Seguramente habrían dicho que era el principal teórico marxista latinoamericano. En ese sentido, cierto aislamiento intelectual respecto al resto de América Latina y, particularmente, una actitud poco proclive a la polémica les impidió una valoración más medida de su dirigente, aun en el acuerdo con sus postulados.

Esta suerte de idealización, tanto de Arismendi como del propio partido, puede inscribirse también en el mito de la excepcionalidad de nuestro país respecto a América Latina. En definitiva —independientemente del juicio que sobre este punto se tenga—, parece muy uruguaya esta idea de que el partido uruguayo y su dirigente eran muy distintos a sus camaradas latinoamericanos. Lo que sí resulta evidente es que esa convicción de la excepcionalidad de Arismendi —que no carece de asidero en la realidad, como se ha visto— operó como un freno para el debate interno.

Así como se consideraba que la izquierda tenía una conciencia de la que carecía el pueblo —que aún votaba mayoritariamente a los partidos tradicionales—, así como se pensaba que dentro de la izquierda el Partido Comunista era la vanguardia que debía guiar a esa izquierda y a ese pueblo por

117 Resulta significativo constatar que en algunas obras recientes no aparece destacada la figura de Arismendi. Por ejemplo, el argentino Néstor Kohan, en su ensayo sobre el marxismo latinoamericano, no hace ninguna referencia al dirigente uruguayo (Néstor Kohan: o. cit.). Tampoco aparece mencionado como un pensador marxista en un importante libro aparecido en México en el año 2007: Elvira Concheiro Bórquez, Massimo Mondonessi y Horacio Crespo (coords.): o. cit.

118 “R. Arismendi es seguramente uno de los representantes más inteligentes y más cultos de la corriente pro soviética. Contrariamente a otros dirigentes comunistas (argentinos y brasileros, por ejemplo), Arismendi colabora con la dirección cubana y desempeña un papel importante como “conciliador” entre el castrismo y los PPCC en la Conferencia de la OLAS.” Michael Lowy: o. cit., p. 398.

el camino correcto en el proceso revolucionario, así —en una lógica de círculos que se empequeñecen o una arquitectura de vértices sucesivos— el primer secretario del partido *comprendía* lo que los otros comunistas no tenían por qué *comprender* por sí mismos y guiaba, por eso, al conjunto de la organización.

En el lenguaje comunista el verbo *comprender* revelaba una actitud que era clave en cómo cada uno se insertaba en la militancia cotidiana. Había una delegación del pensamiento en la medida en que había una verdad a la que se podía acceder. Para eso era necesario entender con profundidad los fundamentos de una ciencia, el marxismo, que no estaba al alcance de todos ante cada hecho histórico. Ese mecanismo de delegación era particularmente ejercido ante las complejidades de los conflictos del mundo comunista: el conflicto chino-soviético o la invasión a Checoslovaquia.

Anótese, además, que esa delegación del pensamiento propio no implicaba pasividad, pues se producía en el contexto de las luchas cada vez más intensas del movimiento popular. Las urgencias de la acción política, las tareas que cumplir en los sindicatos, en el parlamento, en los gremios estudiantiles, en la prensa, en el financiamiento del partido, en fin, la práctica cotidiana y sus demandas coadyuvaban para que la confianza en la dirección y, en particular, en Arismendi se viviera sin traumatismo ni conflicto. Por otra parte, el propio crecimiento del partido y luego la creación del Frente Amplio no confrontaban a los militantes con problemas teóricos, sino que, por el contrario, la realidad —vista desde su interpretación— los reafirmaba, los confirmaba y, por lo tanto, los unía y los consolidaba.

Esto puede explicar por qué no se generó una cultura de debate interno. La ausencia de intercambios ideológicos, de confrontaciones teóricas o incluso de matices no fue consecuencia de una estructura verticalista que impidiera esa posibilidad. No obedecía a la existencia de un líder paternalista ni de una estructura en sí misma autoritaria.

En este sentido se podría considerar que lo que hubo fue una retroalimentación: la estructura genera subjetividad y la subjetividad posibilita cierta estructura.

El principio del centralismo democrático se aplicaba formalmente: había congresos para discutir la estrategia y la táctica, conferencias nacionales, departamentales y seccionales, reuniones del Comité Central y de cada organismo intermedio (comités departamentales, comisiones centrales, comités seccionales). Cada una de estas instancias se abría con un *informe* que abarcaba la interpretación sobre los principales hechos nacionales e internacionales. Formalmente, nada impedía que a esos informes se les contrapusieran otras ideas, otros informes. No había una autoridad que *desde arriba* prohibiera la discusión o sancionara de algún modo el debate.

Sin embargo, el debate no ocurría. Al *informe* le sucedían informes particulares de cada frente (organización, finanzas, educación, propaganda) y de cada área de militancia (sindical, barrial, de cada departamento del interior, estudiantil, etc.). El informe político luego *se trasladaba* a través de cuadros que reproducían lo sustancial de su contenido (en general esto lo hacía el secretario político de cada agrupación, seccional, regional, departamental o frente de trabajo). Se puede incluso nombrar esta práctica como una rutina institucionalizada y, por lo tanto, aceptada de hecho por los miembros del partido sin problematizarla ni cuestionarla.

Es probable, incluso, que cada militante haya vivido esa instancia de encuentro como una verdadera discusión sobre distintos puntos, y es probable también que en algunos casos haya habido diferentes puntos de vista.¹¹⁹ Pero la diversidad se acotaba, en general, a la elaboración de planes que llevaran a la práctica los lineamientos dados por *el informe*. Esa eventual pluralidad tenía, al parecer, más que ver con la concreción de la línea política de cada organismo que con la

119 El intercambio de puntos de vista distintos fue, seguramente, más practicado en las agrupaciones vinculadas con los intelectuales, con los docentes y con los estudiantes universitarios.

elaboración de la línea política en términos de tácticas y estrategia, o con una discusión (en el sentido de intercambio de opiniones distintas) respecto a elementos ideológicos o a posiciones internacionales.

Es en este sentido que se puede pensar en una *anulación de la política* en la vida interna, entendiéndose como *vida política* un ámbito de conflictos y tensiones, de encuentros y desencuentros, de negociaciones y debates, de diversidad de enfoques que, en la medida en que son vividos y resueltos en el colectivo, son públicos por lo menos dentro del grupo político.

¿Hubo entonces en el PC un fenómeno de *culto a la personalidad*, tan propio de los países socialistas en el momento en que se conformó la matriz comunista? ¿Hubo una idealización del individuo como se dio, aun después de la muerte de Stalin, en el movimiento comunista del siglo XX?

Podría resultar riesgoso plantearse rápidamente una respuesta afirmativa. Algunos elementos podrían sustentar aquella afirmación. La consideración de Rodney Arismendi, conjugada con la tradición de *institución sagrada* de la primera secretaria, en un marco internacional pautado por la relevancia de lo individual (Stalin, Mao, Fidel y también cada uno de los dirigentes del PCUS de la década del sesenta), permitiría recurrir a esta categoría para explicarse —en una dimensión más pequeña— el fenómeno Arismendi.

Sin embargo, parecería difícil concebir que el Uruguay ambientase un fenómeno de esta especie, salvo que se constatará una significativa ruptura con las tradiciones nacionales, lo cual, lejos de colaborar a insertar el PC en nuestro medio, lo habría aislado.

Pero lo más destacable es que no había alrededor de la figura del dirigente uruguayo ninguno de los rasgos característicos del culto a la personalidad. No se lo idolatraba: se lo admiraba; no se colgaban sus retratos en los locales partidarios: se leían sus obras; no se difundían aspectos privados de su vida; no se negaba el valor de otros dirigentes.

Por el contrario, existía un conjunto de dirigentes con proyección nacional que tanto dentro de la organización como en sus respectivos ámbitos de militancia elaboraban líneas de acción, tomaban decisiones relevantes y representaban públicamente a su partido.

Era el caso, por ejemplo, de Enrique Rodríguez,¹²⁰ zapatero en sus orígenes, militante desde la década del treinta, miembro del Secretariado del PC desde 1955, senador desde 1966 hasta la disolución del Parlamento en 1973. Fue el encargado de la audición del PC en CX 30 Radio Nacional durante más de diez años, “Habla la izquierda”, desde donde de forma sencilla y en un lenguaje coloquial que llegaba a las *grandes masas* (en lenguaje partidario) transmitía la línea política todos los días. Fue, seguramente, el dirigente comunista más popular en el período estudiado.¹²¹

Otro dirigente de primera línea fue el ingeniero y brillante matemático —reconocido internacionalmente— José Luis Massera. Comunista desde la década del cuarenta, estaba entre los dirigentes que expulsaron a Eugenio Gómez en 1955, fue miembro del Comité Ejecutivo desde entonces y se destacó por la profundidad de sus aportes teóricos. Era, después de Arismendi, el cuadro más importante del PC. Sus libros *Ciencia, educación y revolución*¹²² y *Para entender quién vacía el sobre de la quincena*,¹²³ así como sus más de treinta artículos de gran profundidad conceptual en la revista *Estudios*, así lo demuestran.

120 Amigo cercano de Alfredo Zitarrosa, es a él a quien el cantor nombra en su *Guitarra negra* (“mi hermano Enrique en Praga”).

121 Cuando años después Germán Araújo tuviera en la misma frecuencia de radio, también él, una audición para transmitir sus ideas, estaría retomando una tradición del PC interrumpida por el golpe de Estado.

122 José Luis Massera: *Ciencia, educación y revolución*, Montevideo, Ediciones Pueblos Unidos, 1970.

123 José Luis Massera: *Para entender quién vacía el sobre de la quincena*, Montevideo, Ediciones Pueblos Unidos, 1971.

Otros dirigentes muy importantes fueron Julia Arévalo,¹²⁴ Alberto Suárez,¹²⁵ César Reyes Daglio,¹²⁶ Eduardo Viera,¹²⁷ Alberto Altesor, Jaime Pérez,¹²⁸ Enrique Pastorino, Eduardo Bleier,¹²⁹ Rita Ibarburu,¹³⁰ Walter Sanseviero,¹³¹ Niko Schvarz, Leopoldo Bruera,¹³² Alcira Legaspi,¹³³ Luis Tourón, Jorge Mazzarovich, León Lev, Esteban Valenti¹³⁴ y un conjunto nada menor de importantes dirigentes sindicales que ocupaban puestos claves en la CNT, como Gerardo Cuesta, Félix Díaz, Vladimir Turiansky, Rosario Pietrarroia, Juan Ángel Toledo, Thelman Borges, Eduardo Platero y Mario Acosta.¹³⁵

O era un culto a la personalidad a la uruguaya —laico, sobrio, intelectualizado y amortiguado— o, más bien, es posible considerarlo un fenómeno de liderazgo más racional que afectivo, más ideológico que personal, más fundado en la relación dirigente-cuadros que en el vínculo líder-masa. En un país que se destaca por la ausencia de líderes populistas, en un país cuyos partidos llamados tradicionales siempre tuvieron líderes que no suscitaron en la interna aplastantes

124 Se hace referencia a algunos aspectos de su biografía en los capítulos 6 y 10.

125 Secretario de Organización y miembro del Secretariado en el período estudiado.

126 Comunista desde la década del veinte, fue uno de los principales dirigentes antes y después de 1955.

127 Director de *El Popular* y miembro del Comité Central del PC.

128 Fue uno de los más jóvenes de la dirección que surgió a partir de 1955, edil, primer secretario de la Departamental de Montevideo, miembro del Comité Central.

129 Secretario de Finanzas, miembro del Comité Ejecutivo.

130 Responsable de la revista *Estudios*.

131 Primer secretario de la UJC y miembro del Comité Central, fallecido en 1969.

132 Secretario de Propaganda, miembro del Secretariado.

133 Secretaria de Educación, miembro del Comité Central.

134 Los últimos tres nombrados formaban parte del Comité Ejecutivo de la UJC.

135 Adviértase que la lista de dirigentes sindicales es notoriamente incompleta, en tanto la importancia que le otorgaba el PC al movimiento sindical y la prioridad establecida respecto a la composición obrera que debía tener la organización habilitó la formación de numerosos cuadros en el movimiento sindical.

unanimidades, el PC recogió —a su manera— esa tradición *colegialista*.¹³⁶

En suma, aun sin haber generado un culto a la personalidad ni un endiosamiento acrítico, el peso ideológico e internacional de Rodney Arismendi en el movimiento comunista liderado por la URSS,¹³⁷ sumado a la admiración y la confianza que los comunistas tenían en su primer secretario, son elementos que podrían explicar la ausencia de debate interno sobre cuestiones ideológicas y el férreo monolitismo que caracterizó al PC en este período.

La propia historia del PC marca, en este aspecto, una línea de continuidad con respecto a la figura del primer secretario. Aunque el *fenómeno Gómez* haya sido de otra envergadura y calidad, en la medida en que fue cargado de un personalismo que se corporizó en privilegios y se tiñó de un burdo amiguismo —suerte de caricaturización del estalinismo en dimensión de pequeña sucursal—, y aunque este dirigente no se haya destacado en la elaboración teórica con el nivel de Arismendi, ambos se emparentan en la importancia central del cargo que ocuparon.

136 Importa señalar, con relación a las tradiciones uruguayas que la izquierda recoge, que también el MLN hacía énfasis en lo colectivo: “En Actas Tupamaras se insistía: ‘Los organismos de dirección son colegiados, no hay vacas sagradas...’”. Citado por Luis Costa Bonino: o. cit.

137 Aunque la relación entre Arismendi y el PCUS no ha sido aún investigada, se puede considerar a modo de hipótesis que los soviéticos leían y escuchaban al dirigente uruguayo en función de conocer más sobre la realidad latinoamericana, que en general no era centro de sus intereses y atenciones. En la medida en que Arismendi adhería en forma incondicional a la línea del PCUS, fue seguramente el teórico y dirigente latinoamericano en el que más confiaron los soviéticos. Al respecto resulta muy sugerente lo que plantea Ana Buriano, refiriéndose a que la URSS no caracterizó como fascista a la dictadura argentina y sí lo hizo respecto a la uruguayo: “De manera tentativa, podría pensarse que el peso de Arismendi ante el Departamento América del Comité Central del PCUS puede haber sido decisivo en esta caracterización”. Ana Buriano: “URSS, paradojas de un destino”, en Silvia Dutrénit Bielous (coord.): en *El Uruguay del exilio*, Montevideo, Trilce, 2006, p. 262.

La comparación no es entre personas, ni entre estilos, ni entre aportes ideológicos, ni entre conductas y éticas —que sin duda eran radicalmente opuestas—. Se trata más bien de mostrar la importancia que en la identidad comunista, por uno u otro motivo, siempre tuvo el cargo de primer secretario o secretario general.

Esta línea de continuidad en la historia del PC se entronca con lo que fue la historia del movimiento comunista internacional. Si en Uruguay hubo un Arismendi, también hubo un Thorez en Francia, o un Togliatti en Italia, o una Dolores Ibarburu en España. Una singular paradoja recorre a los partidos comunistas desde su propio origen: una teoría que propone como sujetos históricos a las clases sociales y una práctica que realza la individualidad idealizada en determinadas personalidades. Este fenómeno pudo ser mayor o menor, pudo darse en un partido en el poder o en un partido en la oposición, pudo convertirse o no en culto a la personalidad, pudo derivar en prácticas corruptas o en admiraciones intelectuales, pero, aun variando en las formas y los contenidos, la importancia de lo individual en la interna de los partidos comunistas se mantuvo como una constante.

En este sentido, el fenómeno del liderazgo indiscutido de Rodney Arismendi, la unidad partidaria mostrada como mérito en sí mismo, la construcción de permanentes unanimidades, la ausencia de una cultura del debate, la identificación de discrepancia como falta de comprensión, la caracterización del divergente como anticomunista, fueron todos rasgos tributarios de un partido que reconocía su modelo en la Unión Soviética y en el PCUS.

Esta *alienación* —en el sentido de resignación del análisis propio— atravesó la vida partidaria y le dio al militante comunista un determinado lugar en la vida cotidiana.

Si se concluye que la unidad interna del PC podría ser predominantemente el resultado de una cohesión en el plano subjetivo; si se entiende que el funcionamiento interno estuvo regulado, más que por reglas objetivas de un poder vertical-autoritario, por redes subjetivas más o menos invisibles

y sutiles, por un conjunto de creencias y símbolos que unificaban a los comunistas en torno a una línea, a los dirigentes medios y especialmente a un líder indiscutido, se puede comenzar a atisbar lo sustancial del modo de ser comunista.